

loqueleg

EL OSEZNO FEBEZNO
EN KONKILANDIA

© 1998, Tony Custer

© De esta edición:

2016, Santillana S. A.

Av. Primavera 2160, Lima 33 – Perú

Loqueleo es un sello editorial de Santillana S. A.

Edición ejecutiva:

Ana Loli

Edición:

Catherine Lozano

Diseño y diagramación:

Juan José Kanashiro

Ilustraciones:

Rubén Sáez

ISBN: 978-612-4299-80-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-08649

Registro de proyecto editorial N° 31501401600684

Primera edición: julio 2016

Tiraje: 2 500 ejemplares

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350, Lima 9 - Perú

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

El osezno Febezno en Konkilandia

Tony Custer

Ilustraciones: Rubén Sáez

loqueleg



CAPÍTULO 1

El osezo Febezno parte a la aventura



Era una linda mañana de verano y el osezno Febezno saltó muy temprano de su cama. (Recuerden que le dicen osezno Febezno porque su papá, el señor oso, no era muy bonito, y los hijitos de los otros animales del bosque, que lo querían mucho, lo llamaban oso Febo. Cuando nació su osito, le pusieron Febezno).

7

El osezno entró al baño con la intención de bañarse, pero el agua estaba muy fría. Entonces puso una patita peluda en el agua y se echó cuatro gotas, una detrás de cada orejita redonda y una debajo de cada brazo.

Se sacudió hasta la cola con un «BRRRR» muy fuerte y pensó: «Tengo ganas de ir a ver cosas nuevas. Creo que voy a ver qué hay del otro lado del cerro Negro, nunca he estado allí» (y es que el osezno es, como todos lo saben, además de valiente y cortés, un osito muy pero muy curioso). Mientras se ponía su gorra, escuchó la voz de su mami:

—¡Febeeeznooo, ven a desayunar!

Salió corriendo de su cuarto y entró a la cocina donde estaba su mami, la señora Osa.

—No puedo, no tengo tiempo, mami; me voy a explorar.

—Bueno, entonces lleva esta merienda contigo

—le respondió su mamá, que ya conocía lo aventurero que era su hijo.



—Ya, mami, gracias —dijo Febezno.

—Ah, y, Febezno, no te pierdas —respondió su mamá—. Tienes que volver para la comida.

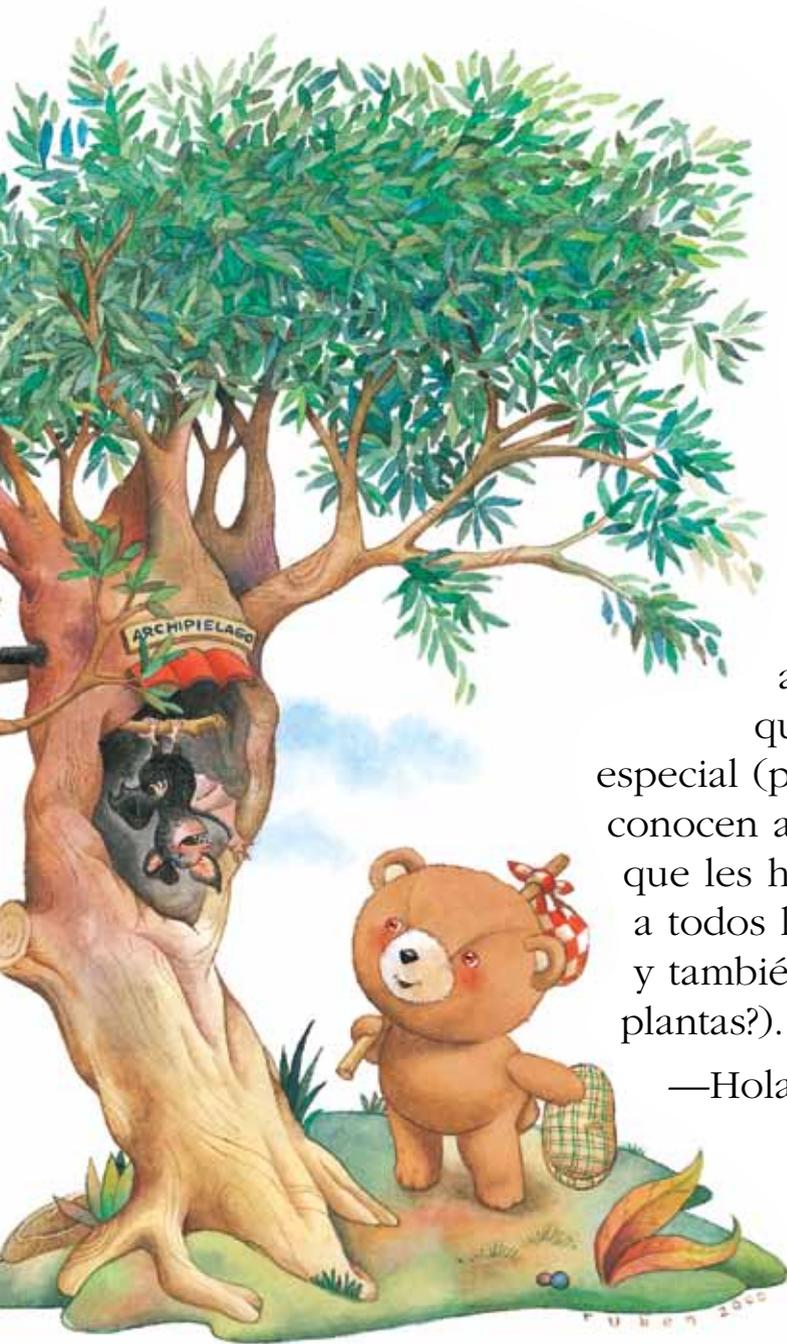
—Ya, mami, chau.

Y diciendo esto, el oseño Febezno partió a la carrera de su cueva, con su merienda en una servilleta de cuadros colgada de un palito.

La mañana era una de esas que le ponen alas muy grandes al corazón, no importa la edad que tenga el niño. El aire tenía un sabor muy rico y el bosque olía a hojas nuevas y frescas; los pájaros, las flores, los árboles, todo se veía más grande y claro, de colores fuertes y lindos.

El oseño Febezno anduvo en zigzag por el bosque, saludando y conversando con las plantas y los árboles, y bailoteando un poco, moviendo la colita *pa'aquí* y *pa'allá*.

El oseño saludó con un «Buenos días» —muy educado— a las plantas. A un magnífico pino le dijo: «Es un lindo día, ¿no? No sé por qué, pero creo que hoy va a suceder algo muy



pero muy especial». Y el gran pino le sonrió porque, como todos en el bosque, él quería mucho al osezno, que era muy especial (porque ¿acaso conocen a otro oso que les hable a todos los animales y también a las plantas?).

—Hola, osezno.

—Hola, osezno —le dijeron en coro la familia de ardillas Nuecesillas.

—Hola, osezno.

—Hola, osezno.

—Febezno, *ciao* —le cantaron Luciano y Celesteaida Chicheñor, una simpática pareja de ruiseñores.

En la oscuridad de un tronco de árbol, el murciélago Archipiélago, que estaba colgado de cabeza, se despertó y le dijo (al revés):

—Aloh, onzeso Onzebef.

Pero, por saludar al murciélago Archipiélago, el osezno se tropezó con la misma raíz con que siempre se topaba su popi y, ¡PUM!, ¡se cayó de pompis al piso!

Sentado en el camino, vio de repente a Mariano, un gusano gordo que, con cara de susto, pasaba apurado por allí. El osezno se agachó y, poniendo su naricita casi en el suelo, lo saludó con una amable sonrisa y con los ojos un poco bizcos:



—¡Hola, Mariano! Disculpa si casi me siento encima de ti.
Luego se levantó el oseño y partió a la aventura.



CAPÍTULO 2

El cerro Negro